

LA SOCIOLOGIA DE ALAIN TOURAINE Y LAS DOS
ALAS DE LA MODERNIDAD

Denis Sulmont

“La modernidad no descansa sobre un principio único y menos aún sobre la simple destrucción de los obstáculos al reino de la razón; está hecha del diálogo de la Razón y del Sujeto. Sin la Razón, el Sujeto se encierra en la obsesión de su identidad; sin el Sujeto, la Razón llega a ser el instrumento del poderío. En este siglo hemos conocido a la vez la dictadura de la Razón y las perversiones totalitarias del Sujeto; ¿es posible que las dos figuras de la modernidad, que se han combatido o ignorado, se hablen por fin una a otra y aprendan a vivir juntas?” (CM, 17)

La publicación de *Critique de la Modernité* (Fayard, Paris, 1992)¹ constituye una nueva etapa en la trayectoria intelectual de Alain Touraine y un acontecimiento importante para la sociología.

Este libro aporta una nueva clave para entender la modernidad, superando las concepciones que pretenden reducirla a la eficacia de la razón y

1. La traducción de las citas de ésta y otras obras de Touraine en el presente artículo es nuestra.

esconden la emergencia del sujeto humano como libertad y creación. Alejándose de la falsas salidas de la entrega al mercado y del vacío post-moderno por un lado, y el repliegue en los particularismos y los nuevos integristas por otro, Touraine busca explicar los retos de las sociedades post-industriales y de las sociedades en desarrollo. Estos retos los encuentra en el reconocimiento del sujeto frente a los aparatos de gestión que racionalizan la producción material y cultural del mundo; reconocimiento de la tensión y del diálogo entre subjetivación y racionalización. El “regreso al sujeto” permite a Touraine profundizar su teoría de la historicidad y de los movimientos sociales en las sociedades modernas actuales.

Recientemente, en mayo de 1993, la aparición de este impactante libro dio ocasión a la realización de un coloquio alrededor del trabajo sociológico de Touraine. El evento, organizado por François Dubet y Michel Wieviorka, reunió durante una semana a cerca de un centenar de científicos sociales de diversos países en el histórico Centro Cultural Internacional de Cerisy-la-Salle (Francia) ².

La lectura de *Critique de la modernité*, sumada a la participación en dicho coloquio y los lazos que me unen con Touraine desde mi tesis sobre el “Boom Chimbote” en 1967, me motivan a redactar el presente artículo. Además de compartir los aportes centrales de esta novedosa reflexión sociológica, me propongo resumir las principales conceptos teóricos que Touraine elaboró a lo largo de su labor de investigación, conceptos aún poco sistematizados en el Perú, no obstante su influencia sobre la sociología latinoamericana. En alguna manera, ciertamente limitada, intento contribuir a llenar el vacío y señalar su relevancia para la comprensión y la transformación de la sociedad en la que nos toca vivir.

-
2. Participaron personalidades políticas tales como Daniel Cohn-Bendit (hoy teniente alcalde de Frankfurt en Alemania), Harlem Désir (líder anti-racista), Jacques Julliard, Françoise Gaspard (feminista), Michel Rocard, Dominique Wolton, el historiador Jacques Le Goff, el psicólogo social Serge Moscovici, los sociólogos Manuel Castells, Michel Crozier, Robert Fraisse, Gilles Kepel, Edgar Morin, Daniel Pécaut, entre los más conocidos. Destacaron los sociólogos provenientes del Medio Oriente y del mundo post-socialista de Europa central. Los latinoamericanos tuvieron una activa participación con la presencia de Vinicius Caldeira, Fernando Calderón, Manuel Antonio Garretón, Julio Labastida, Cecilia Montero, Eugenio Tironi y otros.

El artículo comprende tres partes: la primera dedicada a la trayectoria intelectual de Touraine; la segunda a su conceptualización teórica, y la tercera a la ideas centrales de su última obra.

1. UN DESEO DE HISTORIA

En *Un désir d'histoire* (Un deseo de historia), libro publicado en 1977, Alain Touraine reflexiona sobre su itinerario intelectual y personal. Nacido en 1925, hijo de un destacado médico parisino, creció en un entorno familiar exigente, centrado en el trabajo y los estudios. Se formó en liceos renombrados y durante la Segunda Guerra entró a la Escuela Normal Superior, una de las principales "Grandes Ecoles" de la capital francesa. Estudió historia, inclinándose —al igual que Jaques Le Goff, compañero de estudios— hacia la nueva corriente de historia económica y social conocida como *l'Ecole des Annales*³.

Fuertemente impactado por la sucesivas crisis políticas y culturales de sociedad francesa, el fenómeno de la Liberación y la participación de los comunistas en el gobierno de 1945-47, Touraine dirigió su interés hacia la vida histórica de su tiempo y hacia la sociología. En 1948 abandonó transitoriamente sus estudios en París para realizar una investigación en Hungría. Se trasladó luego a la región minera de carbón en el norte de Francia, compartiendo el trabajo y la vida de los mineros. Este contacto con la clase obrera, "como realidad y como fuerza" (Op. cit.: 45) incidirá de manera decisiva sobre su reflexión sociológica. En *Un désir d'histoire*, confiesa lo siguiente:

"Para mi, el mundo obrero (y nunca he perdido esta imagen, que ahora resulta obsoleta), era el fuego. Si he escogido la mina, es porque el carbón encierra el fuego. Más tarde he amado mucho la siderurgia. Entre los más hermosos recuerdos de mi vida, cuento con las noches pasadas en Francia o en Chile, al lado de los altos hornos, los convertidores Bessemer, las acerías Martín, los grandes laminadores. (...) He conocido la exaltación industrial. He visto repetidas veces *La Línea General* de Eisenstein, y siempre con emoción. Pensaba, como muchos,

3. Entre los promotores de esta corriente se encuentran los historiadores Marc Bloch, Lucien Febvre y Henry Pirenne.

que la máquina, el trabajo obrero y la acción colectiva obrera iban a construir una nueva sociedad. He estado entre quienes han hablado y siguen hablando de sociedad post-industrial; creo que no hubiera hablado de tal sociedad si no hubiera amado tanto la industrialización". (Op. cit.: 45)

Touraine decidió reflexionar sobre el trabajo, y no sólo sobre los textos. Se puso en contacto con Georges Friedmann, cuyo entonces reciente libro *Los problemas humanos del maquinismo industrial* (1946) coincidía con sus intereses. Bajo tal influencia, decidió terminar sus estudios y realizar una investigación sobre la evolución del trabajo y la organización productiva en las fábricas de automóviles Renault. Junto con los estudios de Friedmann esta investigación se convertirá en una de las pioneras de la sociología del trabajo en Francia. En 1950, Touraine entró a trabajar en la entonces modesta sección de sociología del Centre National de Recherche Scientifique (CNRS). Durante los años siguientes, prosiguió diversos estudios de sociología industrial ⁴.

En 1952, viajó a los Estados Unidos. En Harvard, participó en los seminarios de Talcott Parsons, figura central de la sociología norteamericana, a cuya orientación funcionalista no dejará de oponerse. También se acercó a Lazarsfeld y Merton de la Universidad de Columbia. Vivió en Chicago, tomando contacto con los barrios negros.

Conoció América Latina en 1956, invitado por la Universidad de Chile para colaborar con la organización de un centro de investigaciones sociológicas. Con los estudiantes emprendió un estudio comparativo de dos realidades obreras: la de mineros de carbón de Lota, y la de los trabajadores siderúrgicos de Huachipato, ambos casos cercanos a la ciudad de Concepción. En Chile, se casó con Adriana Arenas, quien tuvo una profunda incidencia en su manera de enfocar la vida y en su amor por América Latina. Al escribir un prefacio a la edición revisada de su libro *Production de la Société* poco tiempo después de la muerte de Adriana, resume así la influencia que ella tuvo sobre él:

4. Una sistematización global de este período de investigación y los resultados de una vasta encuesta sobre los trabajadores en Francia se encuentra en el libro *La conciencia obrera*, 1966.

En fin, y sobre todo, durante su larga enfermedad, he entendido que Adriana, que ningún título, ningún obra distinguía, era el más humano de los seres humanos que encontré porque trataba a los demás y a sí misma como personas, prefiero decir hoy día: como sujetos.” (Op. Cit., 1993: 15)

Touraine tuvo una gran influencia sobre la sociología en Chile, Brasil y otros países latino-americanos, contribuyendo a la formación de varias generaciones de sociólogos en la región y guardando con ellos lazos de trabajo y amistad ⁵. Pocas semanas después del golpe de Pinochet, publicó el libro *Vie et mort du Chili populaire* (Vida y muerte del Chile popular). En 1989, recogiendo varias décadas de trabajo compartido de investigación y de reflexión, publicó *La parole et le sang* (La palabra y la sangre), una obra monumental de interpretación sociológica de la sociedad latinoamericana contemporánea, que trata de comprender los modos de desarrollo y de acción social y política de este continente, sus crisis y sus esperanzas ⁶. La cercanía a la realidad latinoamericana ensanchó la reflexión de Touraine sobre las sociedades dependientes y la problemática del desarrollo ⁷.

A fines de los años 50, entró a enseñar en la Ecole Pratique des Hautes Etudes donde fundó un “Laboratoire de Sociologie Industrielle”, luego denominado “Centre d’Etudes des Mouvements Sociaux”. También creó la revista *Sociologie du Travail* junto con Michel Crozier, Jean-Daniel Reynaud y Jean-René Tréanton.

Reaccionando contra el funcionalismo parsoniano erigido en teoría dominante de la sociología y también contra el dogmatismo marxista y el estructuralismo prevaecientes entre los intelectuales de izquierda en Francia, Touraine empezó una ambiciosa puesta en forma de un enfoque sociológico

5. Entre ellos señalemos a Vinicius Caldeira, Fernando Calderón, Guillermo Campero, Fernando Enrique Cardoso, Jerónimo De Sierra, Enzo Faletto, Manuel Antonio Garretón, Julio Labastidas, Cecilia Montero, Eugenio Tironi, Juan Carlos Torre, Francisco Zapata, Sergio Zermeno.

6. Esta obra ha sido publicada en castellano por la Editorial Espasa Calpe (Madrid, 1989) como *América Latina. Política y Sociedad*, empobreciendo el hermoso título original de la edición francesa.

7. Ver el libro: *Las sociedades dependientes, 1977*, y el ensayo “Qu’est-ce le développement?”, publicado en *L’année sociologique*, 1992.

diferente. Este esfuerzo se plasmó en *Sociologie de l'Action*, libro publicado en 1965, que suscitó interés pero también reticencias. En los años siguientes. Touraine continuó esta labor teórica paralelamente a su intenso trabajo de investigación y docencia, desembocando en la publicación de lo que constituye el andamiaje teórico en base al cual orienta su trabajo: *Production de la Société*, 1973 ⁸.

La idea central de *Production de la Société* es que la sociedad moderna trabaja sobre sí misma. No se define por un orden "meta-social" o por leyes intrínsecas de la naturaleza o de la historia, sino por una capacidad de actuar sobre sí misma, de transformarse y desarrollarse. Ello implica el surgimiento de actores sociales; implica también que la sociedad se encuentra desgarrada, dividida con ella misma, atravesada por conflictos y relaciones de clases. La acción en torno a los grandes debates y conflictos de la sociedad da lugar a los movimientos sociales. Con esta concepción, Touraine resiste al enfoque liberal que reduce la acción al pragmatismo individual ante la lógica del mercado y la racionalidad limitada de las organizaciones; también se aleja de la concepción de la sociedad entendida como un orden compacto, una simple forma de dominación y reproducción social. Retomaremos estos planteamientos más adelante.

En 1968 Touraine era responsable del departamento de Sociología de la Universidad de Nanterre, recién creada en un gran suburbio al oeste de París. Es en este lugar ubicado "al margen" y abierto a la innovación, donde se constituyó el "movimiento 22 de marzo", del cual Daniel Cohn-Bendit, estudiante de sociología, fue el personaje central. Este movimiento radical libertario, surgido en un momento de profunda crisis de la universidad, encabezó la protesta estudiantil contra la represión policial llevada a cabo por el gobierno, desencadenando los conocidos acontecimientos de mayo que conmovieron Francia y el mundo. Cercano a las exigencias estudiantiles, aunque sin compartir parte de sus planteamientos, Touraine defendió su causa ante las autoridades gubernamentales y universitarias. Fue atacado por los "ultras" de defender un departamento de Sociología "al servicio del capitalismo", y por profesores conservadores buscando la ocasión de suprimir la "maldita sociología". Con Cohn-Bendit mantiene hasta ahora una franca amistad.

8. Las ideas centrales de este libro se encuentran en varios libros posteriores tales como: *Pour la Sociologie*, 1974 (traducido al castellano bajo el título de *Introducción a la Sociología*, 1978) y *La sociedad invisible*, 1978.

Al calor de estos hechos, Touraine escribió: *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Este libro interpreta los acontecimientos de Mayo 68 como una mezcla de dos elementos: por un lado, una revuelta cultural cargada de temas relacionados a la libertad, la sexualidad, la expresión personal (“sean realistas, pidan lo imposible”); por otro lado, una exigencia de renovación de las luchas sociales y políticas, que planteaba como retos principales la apropiación social del conocimiento, la resistencia al poder tecnocrático y burocrático, tanto en los regímenes capitalistas como comunistas. Touraine era más sensible a esta última exigencia. Más que una crisis cultural, vió en los acontecimientos de Mayo 68 el surgimiento de luchas sociales antiguas y nuevas; las antiguas referidas al movimiento obrero y al socialismo propios de una sociedad industrial en su fase final; y las nuevas aún poco definidas pero empezando a surgir en una sociedad post-industrial en proceso de conformación.

El tema de la sociedad post-industrial adquirió en sus análisis posteriores un lugar fundamental. Fue objeto de un libro —*La Société Post-Industrielle*— publicado en 1969 y traducido al castellano el mismo año. A esta sociedad la llamará “tecnocrática” para subrayar el tipo de poder que la domina; la calificará también de “programada” para precisar la naturaleza de su modo de producción y de organización económica, en particular el creciente rol de la producción de conocimientos y la gestión de sistemas complejos de organización y comunicación.

“Los conflictos que se forman en esta sociedad —escribe— no son los de la misma naturaleza que los de la sociedad anterior. La oposición se da menos entre el capital y el trabajo que entre los aparatos de decisión económica y política y quienes están sometidos a una participación dependiente” (*La sociedad post-industrial*, 1969: 11).

En los años siguientes Touraine se abocó a un vasto programa de investigación de los nuevos movimientos sociales emergentes de la sociedad post-industrial, y otros movimientos propios de la crisis de las sociedades bajo regímenes comunistas. Para ello, elaborará un método de análisis denominado “intervención sociológica”⁹. Asimismo formará el *Centro de*

9. Tal método está explicado especialmente en un anexo del libro *La voix et le regard*, 1978. Un resumen en castellano de ello ha sido publicado por la Revista de El Colegio de México *Estudios Sociológicos*, No. 11, 1986.

Análisis e Intervención Sociológica (CADIS); en torno a este proyecto, se juntaron Michel Wieviorka, François Dubet, Zsuzsa Hegedus y otros sociólogos, conformando un equipo de trabajo dinámico y cada vez más internacional que ha vendido produciendo una serie notable de estudios: *Lutte étudiante*, 1978; *La prophétie anti-nuclear*, 1980; *Le pays contre l'Etat*, 1981; *Solidarité*, 1982; *Le mouvement ouvrier*, 1984. Michel Wieviorka aportó investigaciones sobre el terrorismo y el racismo; François Dubet sobre la juventud marginal; Didier Lapeyronnie sobre los estudiantes y escolares; Danilo Martucelli sobre la experiencia amorosa de los jóvenes; Farah Khosrowkhvar sobre el comunitarismo post-revolucionario en Irán; Nulifer Gole sobre la mujer turca, Sylvaine Trinh sobre la acción modernizadora en Japón y en las Repúblicas Tcheca y Slovaca.

Estos trabajos confirman la hipótesis, muy controvertida hasta hace poco, del fin de la sociedad industrial y de la declinación del movimiento obrero, sin que ello implica perder de vista la importancia del sindicalismo hoy día y en el futuro. Asimismo, señalan los ejes de nuevos campos de acción, nuevos conflictos y debates. ¿Pero en qué medida nos permiten hablar de la constitución de nuevos movimientos sociales?

Touraine mantiene la hipótesis fuerte que asocia la emergencia de la sociedad post-industrial a un mayor nivel de historicidad: es decir, una capacidad de acción sobre sí misma que se traduce en movimientos sociales más intensos y diversos. Sin embargo él y sus colaboradores observan también tendencias contrarias: la fugacidad de las primeras expresiones de nuevos movimientos —estudiantiles, feministas, anti-nucleares y regionalistas— que parecen haberse disuelto; el triunfo del liberalismo, de la ideas post-modernas del individualismo, del vacío social y del fin de la historia durante los años 80; la emergencia de anti-movimientos (el terrorismo), la afirmación de la identidad y la comunidad dando lugar a nuevos fundamentalismos, el resurgimiento de liderazgos populistas, etc.. En este contexto, la hipótesis de los nuevos movimientos sociales sigue en pie, pero requiere ser reformulada.

Los campos de acción donde estos movimientos pueden estudiarse se han diversificado: abarcan la educación, la salud, la comunicación, la etnicidad, lo urbano y lo ecológico; los movimientos de mujeres mantienen vigencia y se renuevan. El desafío para la sociología consiste en encontrar cuál es el principio que puede fundar la emergencia de estas múltiples manifestaciones de resistencia a la dominación social y sus sistemas de gestión. Como lo señala irónicamente Le Goff, Touraine se enojó con la historia; este enojo lo

llevó, no a perderla de vista —ni a abandonar— la idea clave de la historicidad sino a reenfoclarla efectuando una vuelta hacia al sujeto humano.

Escribe, en la introducción a la nueva edición de *Producción de la Sociedad*, en 1993:

“Me ha parecido cada vez más claramente que el único fundamento sólido, inexpugnable, del conflicto social y por lo tanto de los movimientos sociales de oposición era la defensa del individuo. (...) Nunca he caído en el moralismo detrás del cual aparece tan rápido el conformismo social; he aprendido en cambio a reconocer en los movimientos sociales la defensa del derecho de cada uno, individuo o grupo social, a escoger y a construir su existencia, al mismo tiempo que defender, si lo quiere, la herencia cultural —idioma, creencia, pero también creaciones y esperanzas— de quienes se sienten descendientes. Hasta que he llegado a identificar completamente el tema del sujeto con el del movimiento social, ya que desde los movimientos de ciudadanos y el movimiento obrero, hasta los movimientos de liberación nacional y el movimiento de mujeres, es en efecto el derecho a ser sujetos, a no estar sometidos a roles impuestos o a una conciencia alienada, que todos defienden” (Op. cit.: 15).

2. EL ANDAMIAJE TEORICO DE TOURAINE

Antes de abordar el tema del “regreso al sujeto” en *Critique de la modernité*, conviene resumir, a grandes rasgos, el fecundo marco conceptual elaborado por Touraine. Para ello nos centraremos en algunos de sus principales instrumentos de análisis: historicidad, relaciones de clases y movimientos sociales, sistema político y modo de desarrollo.

a. *La historicidad*

Touraine afirma que la sociedad se define no sólo por su funcionamiento, sino por lo que llama su *historicidad*; es decir, la acción que ella ejerce sobre sí misma. Esta acción no se ejerce desde afuera, a partir de un orden religioso, político o histórico. Se ejerce a través de las relaciones sociales, que son relaciones conflictuales, atravesadas por una dimensión de poder y que se desenvuelven en diferentes campos de interacción. El objeto de la Sociología consiste precisamente en analizar esas relaciones sociales donde intervienen los actores.

Los campos de intervención de la sociedad sobre sí-misma se sitúan en tres niveles:

- Un primer nivel lo constituye el de las *organizaciones*, conjuntos concertados de medios al servicio de una acción sobre un entorno; en este caso la intervención consiste en definir reglas, roles, relaciones de autoridad; los problemas se tratan mediante la deliberación y las luchas se expresan en términos de reivindicaciones.
- En un segundo nivel, más elevado, se encuentran las *instituciones*: campos de discusión, de toma de decisión y de legitimación circunscritos por ciertos principios, leyes y pactos, involucrando fuerzas políticas, grupos de intereses y de presión que ejercen influencia sobre lo que se decide.
- El juego de las instituciones nos lleva a un tercer nivel: *el campo de acción histórica*, que es también el de las *relaciones de clases*, donde se sitúa el conjunto de intervenciones mediante las cuales la sociedad define conflictivamente sus orientaciones culturales, debate los grandes problemas y da sentido a sus modos de actuar.

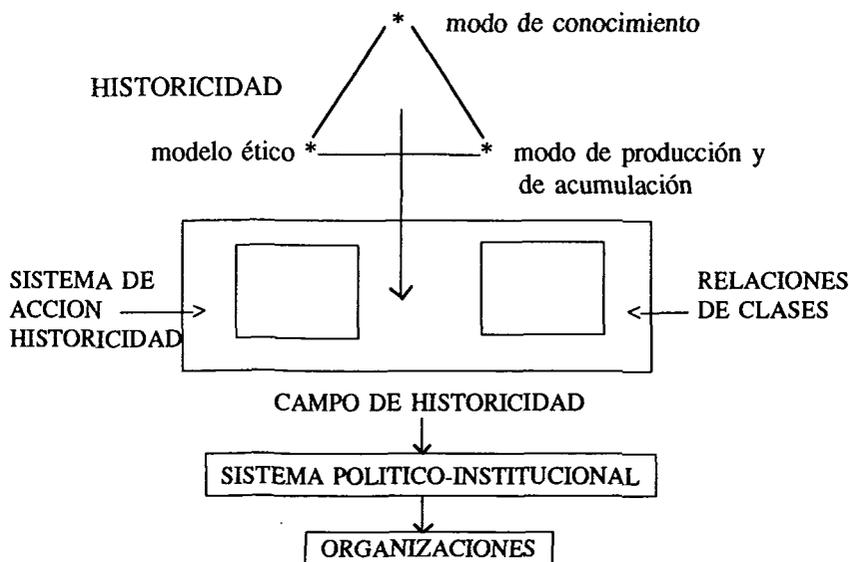
Una empresa, por ejemplo, debe ser analizada como combinación entre una organización, una institución y un campo de acción histórica; lo mismo podemos decir de una escuela o de un hospital.

El campo de acción histórica (o historicidad) constituye el nivel donde la sociedad interviene sobre su propio funcionamiento. El introducir este nivel de análisis significa para Touraine tomar distancia respecto a dos concepciones opuestas, pero igualmente reduccionistas de la sociedad moderna: por un lado, la que ve el orden social fundado en un sistema de valores colocado por encima de la sociedad; y, por otro lado, la que privilegia la pura oposición de clases y la imposición de la ideología de la clase dominante. Touraine critica ambas visiones, estableciendo el nexo entre la existencia de relaciones conflictuales de poder y la referencia a lo que llama un *enjeu*, término que podemos traducir por “lo que está en juego”, “apuesta” o, mejor dicho, “reto común”. Existen conflictos de poder y de intereses pero éstos remiten a grandes problemas y retos históricos comunes. Por ejemplo, el movimiento obrero se enfrenta a la clase capitalista, pero ambos están orientados hacia el progreso de la producción industrial.

El concepto de “historicidad” no debe confundirse con el de historicismo. Este último asocia la historia a una ley inmanente del progreso del espíritu humano y de la sociedad entendida como totalidad. El enfoque de Touraine parte de una crítica al historicismo al igual que al positivismo. Su punto de vista puede apreciarse en la siguiente cita:

“Hoy la historicidad no es un atributo secundario de una sociedad. Los filósofos de la historia han sido los primeros en decirlo, pero reubicaban todavía las sociedades reales en una historia que era la del Espíritu, de la Razón o de la Libertad: vale decir en un principio no histórico. Si he organizado constantemente mi reflexión sobre la idea de historicidad, con el riesgo de crear algunos malentendidos, es para indicar que la vida social no puede ser descrita como un sistema social cuyos valores, normas y formas de organización son establecidas y defendidas por el Estado y otras agencias de control social, sino que debe entenderse por el contrario como acción y por lo tanto como movimiento, de modo que es el conjunto de relaciones entre actores sociales del cambio”. (*Crítica de la modernidad*, 1992: 255-256).

Para precisar la manera como la sociedad interviene sobre su propio funcionamiento Touraine articula una serie de elementos analíticos que el siguiente esquema intenta resumir (Ver *Producción de la Sociedad*, 1992: 124):



En primer lugar, la historicidad es definida como un modelo cultural que resulta de la combinación de tres componentes: 1. un *modo de conocimiento* (dimensión epistemológica), que implica una toma de distancia respecto a la realidad y una forma de acción sobre ella; 2. un *modo de producción* (dimensión económica), asociado a una capacidad de *acumulación*, determinada a su vez por un tipo de inversión; y 3. un *modelo ético*, expresión de la creatividad y de los valores que orientan las categorías de la práctica social (Op. cit.: 75).

Estas tres dimensiones interactúan. El desarrollo de la dimensión económica permite hablar de niveles de historicidad: los niveles más bajos corresponden a las sociedades agrarias y mercantiles; los más altos a la sociedad industrial, y sobre todo a la sociedad post-industrial, que actúa sobre el desarrollo de la productividad y extiende la capacidad de intervención humana sobre el conjunto de los sistemas económicos, sociales y culturales.

En segundo lugar, el campo de acción histórico debe entenderse como la interferencia entre dos lógicas: por un lado la lógica de la dominación y del conflicto, expresada en las *relaciones de clases*, y por otro, la lógica del funcionamiento de la sociedad de acuerdo a la orientación cultural resultante de la relación entre clase dominante y dominada, lo cual se traduce en lo que Touraine llama el *Sistema de Acción Histórica*. En medio de la tensión entre las relaciones de clases y la constitución de un Sistema de Acción Histórica se definen los retos comunes, los grandes problemas y debates a los que se refieren los movimientos sociales.

Touraine llama *movimiento social* a las acciones colectivas antagónicas situadas en relaciones conflictuales de clases en el campo de acción histórica.

La historicidad remite, dijimos, a un Sistema de Acción Histórica. Este expresa el dominio de la historicidad sobre las prácticas sociales; constituye el nexo entre el modelo cultural y el funcionamiento de una sociedad concreta. Tal sistema es atravesado por las relaciones de clases y refleja sus tensiones; apunta a transformar el movimiento en orden, a crear un tipo definido de sociedad, movilizándolo recursos y medios de acuerdo a las orientaciones creadoras de la acción.

El Sistema de Acción Histórica articula la historicidad con las instituciones y las organizaciones. En esta articulación interviene también de manera privilegiada lo que Touraine denomina las *agencias de historicidad*;

estas constituyen formas sociales concretas, a la vez institucionales y organizacionales que expresan y realizan aspectos importantes del Sistema de Acción Histórico. Entre las agencias de historicidad de la sociedad post-industrial destacan, por ejemplo, los sistemas de enseñanza y de investigación científica, los de salud, y los medios de comunicación. Al ser portadoras de parte de las orientaciones fundamentales de la historicidad, dichas agencias adquieren un lugar privilegiado y casi sagrado en la vida social, como lo testimonia el carácter monumental de los edificios que las representan.

b. *Relaciones de clases y movimientos sociales*

Touraine tiene de la sociedad una imagen dramática, de lucha; ve el orden como un especie de parálisis de la vida social. Pero el conflicto sobre el cual centra su atención no es ni “competencia” ni “guerra”: remite más bien a las nociones de clases y de movimientos sociales; es la expresión de una relación entre actores sociales que se enfrentan para el control de un campo dentro del cual están mutuamente implicados.

Decir que la sociedad se produce a sí misma significa que la sociedad se divide; una parte de ella actúa sobre el conjunto, trata de imponer su orientación cultural y de plasmarla en instituciones y organizaciones en el marco de un Sistema de Acción Histórica concreto. Esta división es la que da origen a las relaciones de clases. En *Un Désir d' Histoire* leemos:

“No puedo separar intelectualmente las dos afirmaciones que simbolizo mediante las dos palabras claves de mi análisis: la historicidad —vale decir esa producción de la sociedad por ella misma— y la relaciones de clases —vale decir ese desgarramiento que hace que una parte de la sociedad se identifica con la historicidad, la asume como responsabilidad suya y construye su poder y sus privilegios, mientras que otra se defiende contra esta dominación y trata de retomar la dirección de esta historicidad” (Op. cit.: 114).

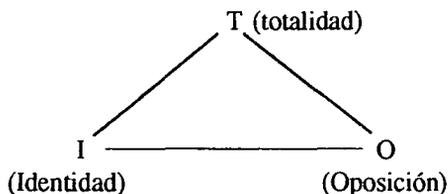
A esta interacción asimétrica entre la parte hegemónica y dominante de la sociedad y su parte dominada y contestataria, Touraine llama *doble dialéctica de clases*.

El análisis se refiere aquí a “relaciones de clases” y no a clases constituidas como grupos portadores de un estilo de vida y formas de organiza-

ción social común. Por cierto han existido y siguen existiendo situaciones de clase así constituidas, como la de los obreros de ciertos oficios, regiones o ramas industriales que comparten las mismas tradiciones, formas de lucha y aspiraciones; o la de aquellas élites agrupadas en torno a los privilegios otorgados por los aparatos de dominación a los cuales sirven. Pero las relaciones de clases en las sociedades modernas actuales son ante todo formas de interacción conflictiva que dan lugar a movimientos sociales. La idea tradicional de clase se disuelve, reforzándose en cambio la de movimiento social.

El movimiento social expresa la ruptura con un orden; implica también un proyecto, prepara el porvenir. Introduce la imagen de un actor histórico, guiado por orientaciones culturales, un llamado a la historicidad; produce una utopía. Nunca las ideologías dominantes copan toda la sociedad; la resistencia a ellas es constante. Las imágenes contrarias a la de un movimiento social son las de la confrontación inter-étnica, religiosa o nacionalista, las conductas de actores descompuestos, el terrorismo.

Las clases tanto dominantes como populares pueden ser portadoras de movimientos sociales. Junto al movimiento obrero es importante tomar en cuenta la acción empresarial y capitalista para entender la sociedad industrial. Un movimiento social puede analizarse como la combinación entre tres principios: *identidad*, *oposición* y *totalidad*. Como en toda acción conflictual, es necesario saber a nombre de quiénes se lucha, contra quiénes y cuál es el terreno de lucha.



No existe necesariamente una integración perfecta entre estos componentes. Un bajo nivel de proyecto expresa una baja integración entre la identidad, el conflicto con el adversario y la implicación en el reto cultural del campo de acción histórica entendido como totalidad.

Los movimientos sociales se expresan a través de las *luchas*. Estas son toda forma de acción conflictual organizada y llevada a cabo por un actor

colectivo contra un adversario para el control de un campo social. Una lucha se sustenta en una población implicada, un nivel de organización, la definición de un adversario y un problema social relevante que no se circunscribe sólo a un problema de interés particular.

Las luchas son *afirmativas y/o críticas*. Las primeras buscan incrementar el dominio del actor en un campo; las segundas expresan la defensa contra una dominación. Las luchas afirmativas comprenden las *presiones políticas e institucionales* y las *reivindicaciones* en el terreno de las organizaciones. Un movimiento de nivel elevado es el que integra reivindicaciones organizacionales y presiones institucionales y políticas. Del mismo modo podemos distinguir niveles de luchas críticas: las *conductas de crisis organizacional*, las *conductas de bloqueo institucional*, y la *acción revolucionaria* a nivel de la historicidad. (*La Voix et le Regard*: 114).

d. *Sistema político y Estado*

El campo de acción histórica en el cual nos sitúa Touraine para dar cuenta de los movimientos sociales no puede separarse de los campos de acción que tienden a alejarse de la historicidad y a acercarse a la lógica del orden institucional y del funcionamiento organizacional. Para analizar la vida social concreta, delimitada en el tiempo y el espacio, es necesario precisar cómo se articula una cierta unidad u orden entre estos campos. Para ello, resultan importantes el sistema político y el Estado.

Touraine entiende el *sistema político* como intermediario entre el campo de historicidad y la organización social; dominado por el primero, orienta el segundo. Se identifica en la práctica con el campo de acción institucional.

El sistema político no es la simple transposición de los intereses de clases, ni la puesta en forma de la sumisión de toda organización social a la clase dominante. Transcribe, en una unidad política, la diversidad de un campo de historicidad, produce decisiones y reglas que comandan el funcionamiento de la sociedad, pero no administra organizaciones concretas. Así es como sabemos distinguir entre una instancia política y una administración. El sistema político funciona con una cierta inercia institucional, pero también el rol mediador que cumple lo hace inestable; establece normas, pero éstas son siempre puestas en cuestión.

El *Estado*, observa Touraine, es una realidad compleja que resiste a una definición. Cumple un doble rol: por un lado articula y unifica los niveles de acción en el marco de una unidad territorial, regulando el conjunto y haciendo reinar el orden; por otro, es agente de cambio, portador de nuevos proyectos históricos.

El análisis que Touraine hace del Estado se aleja de las visiones superficiales y falsas que reducen el Estado a ser el representante de una clase dirigente que lo domina, o de un movimiento popular que lo conquista.

El Estado no se identifica con el sistema político pero actúa en él como agente a la vez de orden y de cambio. Es a través del Estado que una sociedad constituye su unidad en torno a una autoridad legitimada y apoyada en el monopolio de la violencia, unidad interferida por las relaciones de clases que pugnan por el control de un Sistema de Acción Histórica. Es también a través del Estado que determinadas élites sociales promueven cambios dirigidos a modificar la orientación cultural de la sociedad: es decir, el sentido de su historicidad. En este sentido el Estado puede convertirse en fuerza capaz de vencer los obstáculos de la modernización y ser gestor de un nuevo campo de acción histórica.

e. *Desarrollo*

La reflexión de Touraine no se limita, como hemos visto, a las sociedades más industrializadas del mundo occidental, sino alcanza también a regiones ubicadas en la periferia de la economía capitalista —especialmente América Latina—, así como los países provenientes del bloque socialista y del mundo islámico. Al tratar estas regiones y países, el tema del *desarrollo* ocupa un lugar central.

Touraine define el desarrollo como el proceso de transformación de una sociedad de un campo de historicidad a otro (*Producción de la Sociedad*, 1992: 463). Lo relaciona al cambio de orientación cultural; es decir, la transformación de los modos de conocimiento y de producción y del modelo ético que definen las relaciones de clases y el sistema de acción histórica de una sociedad. El concepto de desarrollo forma parte del *análisis diacrónico* del cambio social. Ilustrando el sentido de la distinción entre lo diacrónico y sincrónico, Touraine señala que una cosa es lanzar un satélite, y otra es vivir en él cuando ya se encuentra en órbita.

Hablar de desarrollo remite al dominio creciente que una sociedad adquiere sobre su entorno material y social. Pero el concepto se aplica fundamentalmente en las sociedades donde determinadas fuerzas sociales y sobre todo políticas —en especial el Estado— actúan de manera decidida para transformar su sociedad, vencer resistencias y acceder a la modernidad.

En las sociedades ya modernizadas del occidente moderno más que de desarrollo propiamente dicho es preferible hablar de modernidad; vale decir una modernización “endógena” identificada con el funcionamiento mismo de la sociedad, producida por el trabajo racionalizado por la ciencia y la técnica, la educación y los sistemas de comunicación; algo parecido a la revolución permanente de la cual hablaba Marx, o de la destrucción creadora a la que se refería Schumpeter.

El desarrollo, subraya Touraine, supone una modernización voluntarista. En el ensayo “Qu’est-ce que le développement? (¿Qué es el desarrollo?) publicado en *L’Année Sociologique*, No. 42, 1992, escribe:

“Hablar de un país en desarrollo y de políticas de desarrollo supone que la modernización no es endógena, que la sociedad no se moderniza espontáneamente, que por lo contrario resiste a la modernización y que hace falta una acción voluntaria y consciente de desarrollo para sobrepasar los obstáculos a la modernización”. (Op. cit.: 48).

Más adelante, precisa:

“(…) el desarrollo es ante todo la obra de un Estado que se identifica con la modernidad, la racionalidad, en ruptura o en tensión con una sociedad considerada demasiado tradicional o conservadora o aún impotente porque dependiente. Una sociedad está en desarrollo en la medida en que es empujada por un Estado hacia el camino de la modernidad, por donde no puede avanzar por sí sola o no quiere entrar. Es este desajuste entre el Estado y la sociedad el que define el área donde debe ser empleada la idea del desarrollo” (Op. cit.: 49).

Touraine observa cómo históricamente el desarrollo tiene que vencer mayores obstáculos y recurrir más al Estado a medida que la difusión de la modernidad se aleja de los lugares de su primera aparición. El Estado interviene entonces como agente movilizador que transforma la defensa de la identidad nacional en voluntad de modernización económica.

El desarrollo es asociado a la acción de agentes políticos capaces de vencer resistencias internas y externas. Estos agentes no pueden sustentarse en una estructura social identificada al orden tradicional ni en clases modernas aún no constituidas; se encuentran en determinadas *élites* que vinculan su acción al Estado. Es a través del Estado que las élites desarrollistas redefinen el campo de acción histórica y por consecuencia hacen emerger nuevas clases.

Bismark convirtió al Estado en agente fundamental de desarrollo del capitalismo tardío en Prusia; el emperador Meiji hizo lo propio en el Japón. También corresponden a la acción voluntarista del Estado las reformas de Kemal en Turquía, las políticas nacional-populistas llevada a cabo en México, Brasil y otros países latinoamericanos, las transformaciones realizadas por el movimiento independentista en la India y el nasserismo en Egipto, para citar algunos destacados casos en el Tercer-Mundo. Asimismo en los países comunistas el partido-Estado —élite más que clase dirigente— se convirtió durante gran parte del presente siglo en motor del desarrollo y de la modernidad. Recientemente, se puede comprobar el papel desarrollista del Estado en el surgimiento de los nuevos países industrializados de Asia.

El desarrollo, tal como lo enfoca Touraine, aparece en un primer momento como opuesto a la democracia, pero visto en perspectiva no se contradice con ella, porque apunta a la creación endógena de una modernidad liberada del poder estatista y a la conformación de actores sociales más autónomos capaces de auto-gobernarse en un marco democrático.

En contraste, Touraine relaciona el cuestionamiento de la idea del desarrollo con los fracasos y crisis de los Estados autoritarios. El derrumbe de los regímenes comunistas en la ex-Unión Soviética y en Europa central ha llevado por un lado al triunfo de las ideas liberales, y por otro al resurgimiento de movimientos nacionalistas. En la periferia de la economía capitalista el acceso desigual a la modernidad promovido por el Estado y el divorcio creciente entre los valores que rigen en la economía y la sociedad han engendrado reacciones que de una u otra manera ponen en tela de juicio el contenido modernizador del desarrollo. En este contexto, aparecen movimientos culturales y regímenes políticos orientados hacia la afirmación de una identidad y una independencia nacional, étnica o religiosa, más que un proceso de racionalización productiva, como ocurre en los países exportadores de petróleo de tradición islámica. La modernización se convierte entonces en un medio para resistir a la dominación exterior, y no en un objetivo central del desarrollo.

En resumen, Touraine considera tres tipos de situaciones en relación a la problemática actual del desarrollo: la primera corresponde a la *modernización endógena*, que implica una identificación casi completa entre modernización y modernidad; la segunda se refiere al *desarrollo* promovido por un Estado que asocia la racionalización occidental con la movilización nacionalista; y la tercera se caracteriza por la *identidad cultural*, basada principalmente en el regreso a los orígenes nacionales, étnicos y religiosos.

El caso de América Latina corresponde a la segunda situación. Touraine le dedica un interés especial, como lo apreciamos en el libro *La Parole et le Sang* ya mencionado. De esta obra, nos parece importante relevar las siguientes ideas:

- a. El modo de desarrollo latinoamericano puede ser interpretado como una movilización referida a tres aspectos: la industrialización, la resistencia a la dependencia y el acceso a la modernidad. Este desarrollo no responde a un solo principio central ni cuenta con un actor hegemónico. Combina diversos componentes de la acción social.
- b. Los actores sociales pertenecen a la vez a una lógica de clases referida a un tipo de sociedad parcialmente industrializada, y a la lógica de las élites promotoras de políticas de cambio ejecidas desde el Estado. Por ello es necesario usar categorías mixtas, combinando el análisis sincrónico de las relaciones de clases y el análisis diacrónico de los actores involucrados en la transformación estructural de la sociedad. Las situaciones sociales se cruzan con proyectos de movilidad social y referencias a una transformación cultural y política. Un obrero, por ejemplo, se define también como migrante movilizado en torno a objetivos de cambio, individuales y colectivos.
- c. Los actores sociales se encuentran sometidos además a los efectos disgregadores de la dualización de la sociedad que opone los núcleos modernos privilegiados y los sectores marginados, excluidos y en crisis. En esta situación, la intervención del Estado resulta un elemento decisivo de movilización e integración nacional.
- d. No existe una separación clara entre la sociedad civil y el Estado. Los actores sociales remiten su acción directamente a la del Estado antes que a la de otros actores sociales. Por su parte, el Estado interviene a la vez como actor político, económico, social y cultural.

Touraine culmina su libro con estas líneas:

“Incluso aunque los actores sean débiles, estén ausentes o desarticulados, siempre es en términos de actores y de capacidad de acción como se plantean los problemas de América Latina. En este punto su estudio puede ayudarnos a nosotros mismo a redescubrir que entre la lógica implacable del control social y la libertad salvaje del beneficio, lo esencial de la vida social está hecho de relaciones entre actores y sólo la combinación de sus esperanzas y de sus combates puede producir lo que nosotros llamamos el desarrollo; es decir, una capacidad de acción más fuerte de la sociedad sobre ella misma y, por consiguiente, a un tiempo, el triunfo económico y una mayor participación social y política.” (Op. cit. Ed. Espasa Calpe, 1989: 456)

3. EL REGRESO DEL SUJETO

a. *Desplegar las dos alas de la modernidad*

La obra sociológica de Touraine gira en torno al significado del mundo moderno entendido como la afirmación del hombre a partir de lo que hace. Su reflexión, hemos visto, sitúa en un lugar central el tema de la historicidad y del movimiento social.

Hoy, constata Touraine, casi todos estamos inmersos en la modernidad o aspiramos a incorporarnos en ella, pero también dicha modernidad está cuestionada. Su imagen clásica construida en lucha contra la tradición, interpretada como triunfo de la razón sobre las fuerzas de la naturaleza y del destino, y como conquista del universalismo frente a los particularismos, parece descomponerse. Por un lado, la modernidad es asociada ahora a la fragmentación del sentido de la vida, al flujo económico, al poder sin centro y a la ausencia de actores sociales; por otro, es percibida como amenaza de exclusión social, y pérdida de identidad.

Touraine opina que esos cuestionamientos no deben conducir a destruir la idea misma de modernidad. Se aleja de las visiones post-modernistas y anti-modernistas. Su planteamiento es que estamos entrando no en una situación post-moderna sino post-industrial; es decir, en una sociedad donde el problema central gira en torno a la defensa de los individuos entendidos como sujetos involucrados en los sistemas de producción cultural.

Este análisis lo lleva a buscar los fundamentos de los movimientos sociales en la constitución del sujeto; un sujeto que tomando distancia frente a sí mismo y frente a las fuerzas que lo dominan y lo alienan, intenta definirse como actor. Esta mirada —que denomina “el regreso al sujeto”—, proporciona la clave de una interpretación crítica de la modernidad identificada con el triunfo de la razón, así como de las falsas salidas a la crisis de la modernidad: el desencanto post-moderno, el individualismo neo-liberal, y el antimodernismo del llamado a la comunidad encerrada en sus tradiciones, sus identidades nacionales y sus creencias religiosas.

El regreso al sujeto no significa desconocer la importancia de la razón. La contribución principal de Touraine consiste en afirmar que la modernidad se funda en una suerte de dualismo de origen cristiano, en una separación entre el orden del conocimiento objetivo y el del sujeto, y que su dinamismo resulta de la tensión y la posibilidad de diálogo entre ambos órdenes. No conviene mutilar la compleja y fecunda realidad moderna reduciéndola a la racionalización en general o en su forma restringida de razón instrumental; tampoco asumirla desde la pura subjetivación.

“...conviene abrir las dos alas de la modernidad, desplegarla tanto en el espacio de la subjetivación como de la racionalización” (*Critique de la modernité*: 250).

Tal es la clave del reciente libro escrito por Touraine. Un libro enorme, a la vez joven y maduro, complicado y sencillo, lleno de erudición, de obsesión, de pasión y de inteligencia. Una obra desconcertante que abre nuevas vetas para la sociología del futuro.

El libro comprende tres partes.

La primera (“La modernidad triunfante”) analiza el predominio de la concepción racionalista en la ideología occidental, desde el Renacimiento y la Reforma Protestante hasta las corrientes historicistas que acompañaron la gestación de las sociedades industriales, concepción asociada al desarrollo de la ciencia y las ideas del progreso, de la realización individual, de la revolución y de la organización racional de la sociedad. Remarca que este triunfo no debe ocultar la presencia de un dualismo de raíz cristiana que Touraine rescata en San Agustín y Descartes, y también en las declaraciones de los Derechos del Hombre y del Ciudadano estadounidense y francesa. El redescubrimiento de este dualismo —relación entre el alma y el cuerpo, entre

el yo y la razón y entre el hombre y el ciudadano— sirve a Touraine de punto de apoyo para una nueva conceptualización de la modernidad.

La segunda parte (“La modernidad en crisis”) gira en torno al cuestionamiento intelectual y práctico de la modernidad triunfante. Aborda tres figuras fundamentales de este cuestionamiento: Marx, Nietzsche y Freud, examina los aportes de Horkheimer y la Escuela de Frankfurt y los de Foucault, e interpreta el significado —y los *impasses*— de las posturas post-modernas. Señala los peligros de una disociación entre el sistema y los actores sociales, el mundo técnico de la racionalidad instrumental y el mundo de la subjetividad, disociación que arrastra a dos pérdidas de rumbo: por un lado la sumisión a la lógica del mercado y a los poderes de gestión; por otro, el repliegue obsesivo en la identidad particular y el retorno a los integrismos.

En la tercera parte (“Nacimiento del sujeto”) Touraine desarrolla sus propios planteamientos. Plantea la necesidad de redefinir la modernidad como la relación, cargada de tensiones, entre Razón y Sujeto. Muestra cómo la racionalización de por sí no da sentido a la acción humana, sino asociada a la afirmación del sujeto, a su intervención liberadora y creadora. El diálogo entre Razón y Sujeto es clave para superar la fragmentación de la vida moderna, para dar sentido a la vida personal y colectiva, y para constituir relaciones sobre las cuales pueda ejercerse la democracia. El sujeto es el fundamento de los movimientos sociales. Apoyándose en Freud y en diálogo con autores como Mead, Touraine dedica una parte importante de su análisis a examinar el proceso de constitución de la subjetividad humana, del “Yo” propiamente dicho. Analiza las manifestaciones de subjetivación —negativas y positivas— en los diferentes contextos sociales actuales, incidiendo especialmente en el tema de la identidad y de la religión. Dedicó un último capítulo a la democracia, tema que será objeto del próximo libro que nos promete el autor.

A continuación, sin pretender cubrir tan amplio campo de reflexión, me parece pertinente relevar dos propuestas centrales para repensar nuestro mundo moderno: primero el proceso de constitución del sujeto; y segundo la tensión y diálogo entre sujeto y razón.

b. La emergencia del Yo

Una dimensión decisiva de la modernidad lo constituye la emergencia del sujeto. Frente las formas tradicionales de opresión, el hombre moderno

reivindica sus derechos como individuo, despliega su capacidad creadora, afirma su autonomía, da sentido a su propia vida. Pero paradójicamente la arrogancia de la modernidad triunfante pretende aplastarlo a nombre de las leyes de la naturaleza, de la sociedad y de la historia. El sujeto sin embargo resiste a los poderes modernos; débilmente, resurge, se constituye en actor y movimiento social, portador de nuevos valores. La emergencia del sujeto cuestiona y redefine continuamente los fines de la racionalización.

¿Cómo entender a este misterioso sujeto humano a la vez tan decisivo, amenazado y persistente?

Un paso importante de la argumentación de *Critique de la Modernité* nos lleva hasta San Agustín a través de Descartes. En ambos pensadores, Touraine encuentra una fuente importante de la concepción moderna del ser humano que permite tomar en cuenta la emergencia del sujeto.

Descartes busca liberarse de las ilusiones presentes en las sensaciones y de los prejuicios mediante la duda sistemática y las reglas del método científico. Pero no se encierra en su reflexión racionalista: descubre la existencia del Yo que piensa, de un alma distinta del cuerpo. A partir de este reconocimiento, el hombre toma distancia de sí mismo, descubre la trascendencia de Dios en su propia existencia y se afirma como sujeto frente al mundo.

Touraine subraya las raíces religiosas —mejor dicho cristianas— de esta concepción dualista del ser humano. La crítica moderna a la religión entendida como alianza entre el trono y el altar, no debe hacer perder de vista el aporte del cristianismo a la afirmación del sujeto que constituye una dimensión fundamental de la modernidad. El cristianismo, en efecto, introduce un principio de subjetivación del hombre; rompe con la concepción griega de un mundo encantado pero sin trascendencia, estableciendo un distanciamiento entre el poder temporal mundano y la dimensión espiritual de la persona humana. En este sentido se orientó la reflexión de San Agustín frente a la decadencia del Imperio Romano: una línea de reflexión que confiere un lugar central a la relación personal entre el ser humano y Dios. Estas raíces cristianas y agustianas se encuentran a lo largo del pensamiento moderno, desde Descartes y Lutero hasta Kant, y adquieren una particular relevancia en la actualidad.

Sin rechazar la secularización, Touraine valora la importancia del carácter sagrado del sujeto que la religión expresa, introduciendo un llamado a

un principio no social de regulación de las conductas humanas que rompe con toda pretensión de un orden definido en términos exclusivamente social. El actual regreso de las religiones en la vida social contemporánea no traduce solamente la movilización defensiva de comunidades afectadas por la modernización; significa también el rechazo a una concepción que reduce esta modernización a la racionalización y priva al individuo de toda defensa frente a un poder central cuyos medios de acción no tienen límites ¹⁰. La importancia otorgada hoy a los derechos del hombre y a las opciones morales responde también a una revaloración sagrada del sujeto. Revaloración contraria, por cierto, a los integristas que pretenden asociar el poder religioso al Estado e imponerlo a la sociedad civil.

Otro paso importante de la reflexión sobre la emergencia del sujeto nos lleva a Nietzsche y sobre todo a Freud, quienes constituyen para Touraine los grandes cuestionadores de la modernidad triunfante, junto a Marx.

Nietzsche plantea de manera radical la pérdida de sentido y el vacío de un mundo regido por el cálculo utilitarista y la racionalidad instrumental. Pero su cuestionamiento se dirige contra el sentimiento de culpabilidad del hombre moderno por haber matado a Dios. Rechaza violentamente el cristianismo, considerándolo como la religión de los débiles. Nietzsche considera ilusa la esperanza de salvación de los débiles y niega su posibilidad de elevarse a la dignidad de sujetos; reivindica en cambio la moral de los fuertes. Debemos nosotros mismos devenir dioses para ser dignos de la muerte de Dios. Para ello el hombre debe recuperar su energía vital y afirmar una voluntad de poder ligada a una capacidad de conocer. El ideal de Nietzsche es el héroe que se erige por encima de la sociedad y asume su destino. Touraine ve en Nietzsche uno de los más radicales destructores del mito moderno de la correspondencia entre realización personal e integración social, un precursor del pensamiento post-moderno. Contra la idea del sujeto moderno, Nietzsche tiene la nostalgia del Ser del pasado griego. Sus planteamientos llevan a exaltar la identidad nacional y el particularismo cultural, y a despreciar la lucha de los dominados para constituirse en sujetos frente a los dominadores.

El análisis crítico que hace Touraine tiene mayor sintonía con los aportes de Freud. El fundador del psicoanálisis parte también de una ruptura radical entre el individuo y lo social, el mundo de los instintos y el de las leyes. Para

10. Ver: Gilles KEPEL, *La Revanche de Dieu*. Seuil, París, 1991.

él, el sujeto —el Yo— no es la mera conciencia que el individuo adquiere de sí mismo. Este Yo se forma como producto de la acción del Super-Yo (interiorización de normas sociales) sobre el Ello (las pulsiones vitales) al cual pertenece. El sujeto echa sus raíces en el Ello, pero éste debe adquirir un sentido personal para que el individuo se transforme en actor capaz de insertarse en las relaciones sociales. El sujeto es el tránsito del Ello al Yo, el control ejercido sobre lo vivido.

Touraine profundiza este tipo de análisis reformulando las distinciones utilizadas por George Herbert Mead para dar cuenta de la constitución de la persona en la interacción social ¹¹.

Para Mead el individuo se constituye como persona mediante un mecanismo de reflexividad al verse a sí mismo desde las reacciones que sus actos producen en los demás. La persona es la referencia al Sí mismo (“Self” en inglés) ¹². Afirmarse como persona supone reconocer a los demás y ser reconocido. En este proceso juegan un papel decisivo el lenguaje, el juego, la interacción social regulada por normas generales.

La persona (Self) resulta para Mead de la combinación entre el Yo y el Mí (“I” y “Me” en inglés). El Yo es el sujeto de la acción y el Mí es el conjunto de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo. El Mí expresa el control social asumido por la persona para sí misma. El Yo en cambio es el elemento innovador y reorganizador de la persona. La reacción del Yo al Mí no es una adaptación pasiva sino transformadora.

Touraine señala que este análisis de Mead, si bien aporta luces sobre la acción del sujeto, tiende a reducir esta acción a la interiorización de modelos de relaciones sociales. Mead, en efecto, termina identificando la persona (el Self) y el Mí con el Yo social. Por cierto reconoce la presencia del Yo que expresa la libertad del sujeto de reaccionar pasiva o activamente a las normas interiorizadas por el Mí; habla de la posibilidad de un desajuste entre las normas sociales y la persona. Pero la razón y las formas de la resistencia del

11. Ver G.H. MEAD, *Mind, Self and Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1934. Traducción al español: *Espíritu, Persona y Sociedad*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972.

12. Florial Mazia, traductor del libro mencionado usa “persona” como equivalente a la palabra inglesa “self” empleada por Mead.

Yo al Mí no resultan claras. Para Mead, el hombre tiene personalidad básicamente porque asume una forma de sociabilidad.

Para Touraine, el distanciamiento del Yo respecto al Mí cuestiona la unidad de lo que Mead identifica como persona. Es necesario reconocer la importancia de este cuestionamiento como fuente permanente de transformación de la sociedad.

El sujeto, subraya Touraine, nace de la destrucción de lo que llama el "Moi", palabra traducible como "Ego". Expresión de la identidad narcicista del individuo socializado, este Ego se define por una correspondencia entre conductas personales y roles sociales. La emergencia del sujeto implica romper la unidad del Ego. Tal ruptura supone por un lado que el individuo reconozca las pulsiones vitales y los modelos sociales en los cuales está enraizado: es decir, el conjunto de elementos que Touraine denomina el "Soi" (Sí mismo); por otro, que el individuo asuma la voluntad de ser sujeto y constituirse como actor. El Sí mismo asocia el individuo con la naturaleza y la sociedad; el Yo asocia el individuo con la libertad y lo transforma en actor. Este análisis puede graficarse del siguiente modo:

/ YO [individuo-libertad] → ACTOR
EGO (MOI)
 \ SI MISMO (Soi) [naturaleza-sociedad]

De acuerdo a este esquema, la subjetivización es el llamado a ser actor, sin dejar de reconocer que nuestra vida está enraizada en la libido y hecha de roles sociales. El yo emerge siempre en forma parcial, no puede suprimir sus raíces vitales y sociales; tampoco puede identificarse a un super-yo proyectado fuera de sí mismo. El sujeto tiene que reconocer sus límites.

El sujeto produce al actor. El actor es quien enfrenta las relaciones de dominación donde se encuentra inserto, interviniendo en las organizaciones, las instituciones y el campo de acción histórica de la sociedad. Sujeto y actor son nociones inseparables que resisten a una concepción funcionalista del individuo.

La producción del actor por el sujeto puede fracasar. El Ego puede encerrarse ya sea en un individualismo narcicista, ya sea en la comunidad. En

este caso, el individuo se siente ajeno a sí mismo y busca fugar de este malestar sometiéndose a las rutinas de la vida cotidiana o mediante alguna otra forma de evasión como la droga.

Para afirmarse el sujeto requiere amarse a sí mismo. Este paso resulta fundamental. Pero el Yo no puede identificarse con el Ego, ser sólo conciencia de sí. Para salir de la trampa del narcicismo, debe reconocer el otro como sujeto, lo cual no se consigue en términos de simple reflexividad. El reconocimiento del otro como sujeto supone un tipo de relación que se acerca al amor al próximo, en los términos que lo plantea el Cristianismo.

El otro es también Ello y Yo. Lo que llamamos amor es la combinación del deseo mutuo —que es impersonal— y de una relación profundamente intersubjetiva. Es en la relación amorosa o amical donde emerge con mayor fuerza el sujeto, más que en la experiencia de soledad de los románticos, o en el activismo social.

Touraine relaciona la importancia de los movimientos de mujeres a esta búsqueda de subjetivación de la relación con el otro. La historia más reciente de dichos movimientos está marcada por el descubrimiento de una nueva calidad de relación con el niño, luego de la ruptura inicial de los roles femeninos tradicionales y, de manera más vacilante, con el hombre.

Acoger el otro como sujeto significa respetar la distancia infinita que nos separa de él, descubrir en él una realidad insondable que no podemos pretender encerrar y dominar. En la relación amorosa, el hombre y la mujer no llegan al otro sin el pudor que impone la conciencia de aquella distancia.

Subrayando la idea de que el sujeto se afirma saliendo de sí mismo, Touraine escribe:

“Si es necesario asociar tan fuertemente la emergencia del sujeto en el individuo a su relación con el otro es porque la conciencia de sí no puede hacer aparecer al sujeto; por el contrario lo oculta. Pues el individuo no es más que el lugar de encuentro del deseo y de la ley, del principio del placer y del principio de realidad, lo que produce inhibiciones y reduce así al sujeto a lo contrario del sí mismo, al lenguaje impersonal del inconsciente decifrado por los psicoanalistas. Lo que revela la conciencia de sí es, en efecto, el anti-sujeto. La búsqueda de lo más individual, de lo más íntimo no hace más que descubrir lo más

impersonal. Es tan sólo cuando el individuo sale de sí-mismo y habla con el otro, no en sus roles ni en sus posiciones sociales sino como sujeto, que se ve proyectado fuera de su propio ensimismamiento y de sus determinaciones sociales, y se convierte en libertad.” (Op. cit.: 263-264)

c. *Recomponer el mundo*

Queremos terminar esta reseña sobre *Critique de la Modernité* refiriéndonos a la propuesta central de Touraine para reencontrar un sentido a nuestro mundo moderno.

Dicha propuesta parte de constatar que la experiencia contemporánea se encuentra fragmentada. A pesar de los medios de comunicación y de la globalización del mundo, la vida social se presenta como un caleidoscopio. Pertenecemos a un mismo mundo, pero éste carece de coherencia.

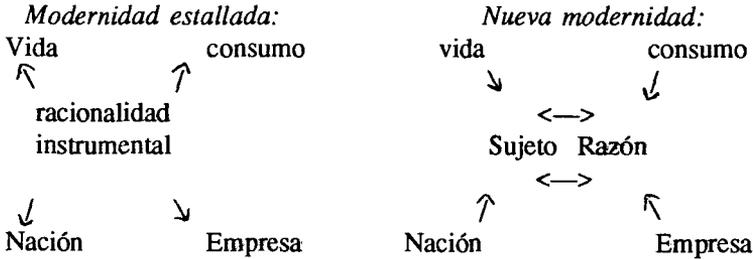
¿En qué consiste la fragmentación de la vida moderna actual? Touraine señala cuatro tendencias centrífugas. Una parte del mundo se repliega sobre la defensa o la búsqueda de la *identidad* personal o colectiva. Otra parte se identifica con el *consumo*, viendo el mundo como un hipermercado donde constantemente aparecen productos nuevos. Para otros, el mundo es una *empresa*, una sociedad de producción y de gestión. Finalmente, otros son atraídos por lo no social, llámese el *Ser* o el *sexo*. Y, añade Touraine:

“En medio de estos fragmentos de vida social cargados de valores opuestos, se agita una multitud de hormigas encadenadas a la racionalidad técnica: operadores, empleados, técnicos, ubicados arriba o abajo, a quienes todo impide preocuparse de los fines de su acción” (Op. cit. 253).

Frente a esta situación ¿dónde encontrar hoy el principio de unidad de la modernidad? La afirmación del sujeto por sí sola no basta; como tal, la subjetivación no asegura la integración social. El sujeto resiste a la concepción racionalista del poder sobre la sociedad —el dominio de las empresas y del Estado—; tal resistencia se apoya en fuerzas no sociales o supra-sociales: el sexo, la Historia, la Nación. Más que integrar a individuo y sociedad el llamado al sujeto introduce un factor de disociación en el sistema social.

Touraine considera que la recomposición del mundo moderno requiere dos claves: *el sujeto y la razón*. Sólo la combinación de ambas puede dar lugar a un principio de integración social. Es necesario articular por un lado la razón instrumental aplicada a la gestión de la producción y del consumo, y por otro la afirmación de la vida asociada a los deseos individuales y la memoria colectiva de las comunidades y las naciones.

La modernidad estallada es aquella donde sólo rige la racionalidad instrumental. Pero el rechazo a la racionalidad no resuelve el problema; por el contrario abre el campo a la arbitrariedad y el despotismo. La nueva modernidad que propone Touraine es la que pone en el centro de la sociedad la tensión y el diálogo entre racionalidad y subjetivación (Op. cit.: 255).



Hablar de tensión y del diálogo entre razón y sujeto supone reconocer que la integración entre los elementos constitutivos de la modernidad no está dada de antemano. Tal indefinición resulta esencial para definir la modernidad. Touraine descarta la idea de un modelo de sociedad; la reemplaza por la de intervención creativa de la sociedad sobre sí misma. La tensión entre sujeto y razón es justamente lo que da historicidad a la sociedad.

Ya no podemos postular un principio único de tipo religioso, nacional o económico; tampoco podemos seguir un proyecto histórico global llevado por un partido. La modernidad de la sociedad post-industrial se define como el tránsito entre una concepción centralizada de la vida social hacia una concepción bipolar dinámica; es decir, la gestión de las relaciones de complementariedad y oposición entre la subjetivación y objetivación. El mundo de hoy tiene que asumir el desgarramiento que vivió el mundo del humanismo del siglo XVI y del Renacimiento.

Touraine nos recuerda que la modernidad partió del dualismo. El historicismo trató de identificar racionalización y subjetivación. Hoy una concepción más viva de nuestra historicidad nos lleva a señalar el peligro de esta identificación y a plantear un retorno al dualismo, que insiste tanto en la oposición de la racionalización y subjetivación, como en su complementariedad.

Definir la sociedad post-industrial actual es explicar las razones de este nuevo dualismo. Ya hemos entrado en una sociedad donde la producción y difusión masiva de los bienes culturales toman el lugar central que había sido el de los bienes materiales en la sociedad industrial. En esta sociedad los temas que despiertan más pasiones son los de la salud, la educación, el acceso a la información y la comunicación. En estos campos el debate gira en torno a la defensa del sujeto en su relación con los diversos ámbitos de racionalización de la vida.

En la sociedad actual el sujeto debe resistir a identificarse con cada uno de los fragmentos estallados de la modernidad: no puede confundirse con la comunidad, la nación o la etnia; tampoco puede reducirse a ser sujeto-sexo, sujeto-empresa, sujeto-consumo. En ciertas circunstancias tiene que recurrir a la razón contra la comunidad que lo oprime; en otras circunstancias apela a la comunidad contra los poderes de la razón.

El sujeto moderno tiene que reunir lo que ha sido separado, debe constituir su campo de acción y de libertad aproximando los contrarios, interrelacionando la diversidad de sus experiencias, sin caer en el conformismo social.

En el mundo de hoy los sujetos son frágiles, portadores de experiencias vividas más que protagonistas de grandes acciones sociales. Pero se encuentran en todas partes tratando de organizar una coherencia de vida a partir de lógicas autónomas y de racionalidades divergentes. Este mundo puede recomponerse tan solo si, rechazando la soberbia de la razón instrumental por un lado y la obsesión por la identidad por otro, permite a estos sujetos reconocerse mutuamente y asumir en común el trabajo de la razón.

OBRAS DE ALAIN TOURAINE

- 1955 *L'Evolution du Travail Ouvrier aux Usines Renault*. CNRS, Paris.
- 1961 a (Bajo la dirección del autor) *Ouvriers et Syndicats d'Amérique Latine*. Número especial de *Sociologie du Travail*. Seuil, Paris.
- 1961 b "La Civilisation Industrielle", en: Alain Touraine et Louis Henri PARIAS (Dir.), *Histoire Générale du Travail*. Tomo IV, NLF, Paris. Traducción al español: *Historia General del Trabajo*. Ed. Grijalbo, México, Barcelona, 1964-65.
- 1961 c (Con O. Ragazzi) *Ouvriers d'Origine Agricole*. Seuil, Paris.
- 1965 *Sociologie de l'Action*. Seuil, Paris. Traducción al español: *Sociología de la Acción*. Ed. Ariel, Barcelona, 1969.
- 1966 a *La Conscience Ouvrière*. Seuil, Paris.
- 1966 b *Movilidad Social, Relaciones de Clase y Nacionalismo en América Latina*. Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
- 1968 *Le Mouvement de Mai ou le Communisme Utopique*. Seuil, Paris. Traducción al español: *El Movimiento de Mayo o el Comunismo Utópico*. Ed. Signos, Buenos Aires.
- 1969 *La Société Post-Industrielle*, Denoel, Paris. Traducción al español: *La Sociedad Post-Industrial*. Ariel, Barcelona, 1969.
- 1971 "Las Clases Sociales en América Latina", Seminario de Mérida sobre *Los Problemas de Conceptualización de las Clases Sociales en América Latina*. Instituto de Investigaciones Sociales, México.
- 1972 *Université et Société aux Etats-Unis*. Seuil, Paris.
- 1973 a *Production de la Société*. Seuil, Paris. Nueva edición revisada: Seuil Livre de Poche, Paris, 1993.
- 1973 b *Vie et Mort du Chili Populaire*. Seuil, Paris. Traducción al español: *Vida y Muerte del Chile Popular*.

- 1974 a *Pour la Sociologie*. Seuil, Paris. Traducción al español: *Introducción a la Sociología*. Ariel, Barcelona, 1978.
- 1974 b *Lettres á une Etudiante*. Seuil, Paris.
- 1976 *La Société Invisible*. Seuil, Paris.
- 1977 a *Un Désir d'Histoire*. Stock, Paris. Traducción al español: *Un Deseo de Historia. Autobiografía Intelectual*. Zero ZYX, Madrid, 1978.
- 1977b *Les Sociétés Dépendentes*. Duculot, Paris. Traducción al español: *Las Sociedades Dependientes*. Siglo XXI, México, 1978.
- 1978 a *La Voix et le Regard. Sociologie des Mouvements Sociaux*. Seuil, Paris. Nueva edición revisada y corregida, Seuil, Livre de Poche, Paris, 1993. Traducción al inglés: *The Voice and the Eye*. Cambridge University Press, 1992. Parte resumida en castellano: "Introducción al método de la intervención sociológica", *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, Vol. 4, No. 11, Mayo-Agosto de 1986.
- 1978 b (con F. Dubet, Z. Hegedus y Michel Wieviorka) *Lutte Etudiante*. Seuil, Paris.
- 1979 *Mort d'une Gauche*. Galilée, Paris.
- 1980 a (Con Z. Hegedus, F. Dubet y Michel Wieviorka) *La Prophétie Anti-nucléaire*. Seuil, Paris.
- 1980 b *L'Après-socialisme*. Grasset, Paris.
- 1981 (Con F. Dubet, Z. Hegedus y M. Wieviorka) *Le Pays contre l'Etat*. Seuil, Paris.
- 1982 a (Avec F. Dubet, M. Wieviorka y J. Strzelecki) *Solidarité*. Fayard, Paris.
- 1982 b (Bajo la dirección del autor) *Mouvements Sociaux d'Aujourd'hui. Acteurs et Analystes*. Ed. Ouvrières, Paris.
- 1983 "Triumph or Downfall of Civil Society?" in *Humanities in Review*, vol. 1, Cambridge University Press, Cambridge, England.

- 1984 a (Con M. Wievioka y F. Dubet) *Le mouvement ouvrier*. Fayard, Paris.
- 1984 b *Le Retour de l'Acteur*. Fayard, Paris)
- 1985 "An Introduction to the Study of Social Movements", *Social Research*, 52 N° 4.
- 1987 "La Centralidad de los Marginales", en Eugenio Tironi (Ed.), *Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia, Propositiones*. No. 14, SUR, Santiago de Chile.
- 1988 *La Parole et le Sang*. Odile Jacob, Paris. Traducción al castellano: *América Latina, política y sociedad*. Espasa Calpe, Madrid, 1989.
- 1992 a "Qu'est-ce que le Développement", *L'Année Sociologique*. Vol. 42, Presses Universitaires de France, Paris.
- 1992 b *Critique de la Modernité*. Fayard, Paris.